

Hoy salgo para México don le tengo antiguos conocidos y amigos de verdad. Mientras más días pasan, voy creyendo que lo del asesinato no pasó de amenaza y si se lleva á cabo—..... se acabó. Lo mismo dá morir á manos de Genovevo de la O., de Palafox ó de cualquier criminal pagado”.

Amanecía cuando acabé de leer aquella historia.

Sentía el espíritu agobiado. Entre aquel conjunto de ideas había mucho de fantasía pero en el fondo se veía palpitar la verdad; los documentos no podían ser falsificados ¿para qué? ¿con qué objeto? Las actas levantadas y calzadas por las firmas de los rebeldes zapatistas parecían auténticas y por último, la dama de los cabellos de oro y ojos de cielo, el caballero de las patillas rojas y el cadáver del infelice Francisco Ramírez con el gesto trágico que le imprimiera la muerte ensangrentado, en medio del arroyo. Volví al sitio. Nadie sabía nada. El cadáver no estaba allí.

¿Había yo soñado? ¿En mis manos estaban las pruebas de la realidad?

¿Los asesinos habían hecho desaparecer el cuerpo del delito?

¿Debía de dar parte á las autoridades? No, puesto que me tomarían por loco. Me informé en Cuernavaca con la familia de Ramírez. Ignoraban su paradero desde hacía mucho tiempo. En cambio, en mi casa aseguraban que aquella noche salí en su compañía.

¡Contradicciones y misterio!



## Capítulo Décimo Sexto.

# EL CAMINO DE LA MUERTE.

Asalto al tren en Nepantla.---En el fondo del mal el bien palpita.---La muerte de Enriqueta.



El camino de México á Cuautla, Mor., es el camino de la muerte. Antójasenos la vía férrea como dos cintas de acero teñidas con sangre.

Los nombres de las estaciones del tránsito se han hecho célebres por sus reminiscencias trágicas.

Allí está la Cima, Ticuman, Ozumba, Atlautla donde se han registrado delitos monstruosos, algunos descritos someramente en el transcurso de este relato.

El 1.º de Mayo hay que agregar un epitafio en los anales del Zapatismo, cincelar en la lápida de sus crímenes un nombre más: el de Nepantla.

Sin embargo, no hubo tanto derroche y lujo de crueldad como en la Cima y Ticuman y muchos pasajeros escaparon con vida.

¡Bien se conoce que no estaba allí Genovevo de la O.!

Reciente el suceso tuve la suerte de encontrarme con el Teniente Rodríguez quien como recordará el lector, se encargó de salvar á Enriqueta cuando Rolando se vió perdido.

—¡Muchacho! exclamé abrazándolo cariñosamente, tienes la piel muy dura, el peligro te persigue pero siempre escapas, te respetan las balas.

—Bah!--dijo riendo.--es que los zapatistas me tienen miedo. Quieres conocer el relato con todos sus *pelos y señales*? Pues vente conmigo; cenaremos juntos.

¡Aceptado!

Entramos á un modesto restaurant y mientras servían la cena Rodríguez pidió Whiskey.

--Pues verás: dijo cruzando una pierna,--sin novedad corría el convoy, que se componía del carro express, el de correo, dos de primera, dos de segunda y tres blindados donde iban ciento veinte voluntarios, Enriqueta la esposa de mi infortunado Capitán, y su señora madre y tu servidor.

La charla era amena y divertida, se contaban aventuras y anécdotas, no faltando chascarrillos.

Así llegamos al kilómetro 86 y asomé distraidamente la cabeza. Súbitamente me estremecí; á lo largo del camino me pareció distinguir algo anormal, como que entre la exuberante vegetación brillaban cañones de rifles.

Mi palidez fué muy notable.

--¿Qué le pasa á Ud.?--interrogó Enriqueta.

--Nada--balbué.

En aquel momento nos acercábamos á la Cascada.

Una pavorosa detonación zumbó en nuestros oídos,

Sentimos una brusca sacudida, los carros se volcaron por completo quedando hechos pedazos. Una mole humana se vino sobre mí me asfixiaba.

Comencé á hacer esfuerzos inauditos para arrancarme aquella carga que me ahogaba. No me acordaba más que de mí mismo. El imperaba en mi ser. ¡Sálvate! me decía á gritos el instinto de conservación, y yo pugnaba, obediente y sumiso, tratando de salvarme. Tenía miedo, miedo horroroso. Por fin, logré salir del carro, aturrido y atarantado.

Ante mis ojos se presentó un espectáculo macabro y espeluznante.

Hacinamiento de cadáveres, miembros dispersos, heridos arrastrándose y luchando por levantarse . . .

A los lados del tren, á corta distancia, los zapatistas enviaban una lluvia de fuego.

En medio del ruido ensordecedor de las detonaciones, percibíamos apenas los gritos de angustia y los gemidos de dolor, el sollozar de los niños . . .

Clamando piedad tendíanse suplicantes los brazos de las madres.

Arrastrándome escapé, logrando hallar refugio en un barranco. Sentí fiebre.

Yo no soy un hombre cobarde, lo he demostrado en muchos combates; pero en aquellos instantes, algo extraño me ocurría. El miedo se apoderaba de mí. ¿Dónde estaba pues mi valor?

El valor--pensaba--es el secreto de dominar el miedo, hagamos esfuerzo.

Al fin me serené y abandoné mi escondite, tenía las manos ensangrentadas por las ramas espinosas que me sirvieron de apoyo para no caer al fondo del barranco.

Buscando no ser visto, entre la espesura de la maleza permanecí agotado y confuso.

Mis ojos, como los de un demente, parecían querer saltárseme de las orbitas.

Los zapatistas eran numerosos. Yo calculo mil doscientos. Entre ellos distinguí al jefe Felipe Neri. . . .

Rodríguez hizo una pausa y se tomó de un sorbo una copa de Whiskey. Luego prosiguió:

Los bandidos iban á incendiar los restos del tren sin condolerse de los heridos, ni de los supervivientes, pero en el fondo del mal el bien palpita.

Viendo los zapatistas que nadie los atacaba, suspendieron el fuego. Felipe Neri, quizá conmovido, dá orden de extraer á los supervivientes que, afortunadamente son muchos, y cuando se cercioran de que nadie queda allí con vida, prenden fuego á los despojos de los carros.

Una llama enorme se levanta. Los zapatistas se alejan llevándose á los pasajeros que logran escapar de la muerte. A la vanguardia son conducidos, amarrados codo con codo, varios voluntarios de los que viajaban en el tren.

Cuando la desoladora falanje hubo desaparecido, abandoné mi sitio de observación y emprendí la fuga.

Todavía conservo impresa en la retina, la última pincelada de aquel cuadro trágico: una hoguera inmensa, y en medio de las llamas, la mole de la locomotora clavada en el suelo, un poco inclinada hacia la derecha, como un titán herido.

Rodríguez hizo otra pausa y se limpió el sudor de la frente.

--¿Y Enriqueta? le pregunté.

--¡Murió! respondió, enjugándose una lágrima; las mismas manos que mataron á su esposo, la llevaron á la tumba.

Rodríguez ingirió otra copa y se llevó una cucharada de sopa á la boca, tomándola con repugnancia.

--¡Mesero!--gritó furioso--¡la cena está fría!

¡Hacía tanto tiempo que se había servido!



Capítulo Décimo Séptimo.

EL ATILA DEL SUR PIDE CONSEJO

Mucha actividad.--Acaloramientos.--La guillotina el verdugo.--Mensajes oficiales.

En el campamento zapatista se discute un plan de contra ataque al que p...

Este, preocupado, se pasea con las manos en los bolsillos. Su mirada an...

—A mí no se me ocurre nada—clama con desaliento—más que lo de siemp...

—Palafox sonríe, se encoje de hombros y contesta: mi parecer, salvo el del s...

—¿Y qué ganamos con eso?

—Entretenerlos, si tenemos éxito y llegamos al interior de la población...

—¿Qué?

—Pues pediremos la plaza. Y luego mucha actividad para atarantarlos, mie...

—Yo creo que debemos matar más gente, no respetar viajeros, seguir asalta...

—Genovevo de la O., siempre lo mismo, dijo con impaciencia Zapata. Cua...

—Claro que no, mi general. Pero yo le aseguro que á los mismos diablos les...

—Jih!... Jih!... tronó la risita de Palafox, que dijo luego: ¡No está mal!

—Si nuestro ilustre generalísimo triunfa y establece la guillotina, ya tienes se...

—Esa se le destinaría á usted, que tantas pruebas ha dado en...

—¡Basta!—dijo Zapata—estamos perdiendo el tiempo, y ya nuestra sesión se...

Se hizo silencio completo, suspendiéndose el debate.

A los pocos días fué asaltada Cuernavaca y los zapatistas llegaron hasta el in...

Se recibió en la ciudad atacada, sin conocerse el conducto, un pliego en que...

Hubo en Cuernavaca quien riera, pero no faltó gente que se puso seria.

Los zapatistas siguieron desplegando actividad, aunque batidos rudamente por...

Los asaltos á los trenes son más frecuentes, aunque ya sin pinceladas de ho...

Líbranse combates en los cerros de Tlalquitenango, Teteolo y Tlaltizapán, en...

Por el rumbo de Tepeaca son asaltados los pueblos de la Magdalena y Ocoti...

Río Frio, situado en la falda del volcán, por el camino de México, es tambie...

Cerca del campamento El Parque y Coajomulco, es asaltado un tren de pasa...

El lunes 19 en la mañana y en la estación de Temamatla, numerosos zapatis...

hubo de dejar pasar el tren que siguió veloz hasta llegar á todo vapor á la estación siguiente, donde el valeroso maquinista dió parte.

A continuación transcribimos algunos informes oficiales que hablan de sucesos relacionados con la campaña de Morelos.

Dicen así:

Cuernavaca, Mayo 16.—Secretario de Guerra y Marina, México.—Hónrome comunicar á Ud. que hoy á las 10.45 a. m. fué asaltado tren de pasajeros en el kilómetro 87 entre campamento El Parque y Coajomulco, pero el tren militar que estudiaba, que se componía de 110 ferrocarrileros, lo defendió hasta dispersar los bandoleros que estaban posesionados de esa serranía, habiéndoles hecho 5 muertos: por nuestra parte tenemos que lamentar siete heridos de la escolta y más 3 pasajeros. Los dos trenes ordené se detuvieran en el Parque mientras llegaba otro que mandé de aquí con ambulancia, aprovechando llegada oportuna capitán Rafael Díaz con 100 zapadores y una sección de ametralladoras que he llamado de Puente de Ixtla para otra operación militar. Una fuerza que salió del Parque para donde tuvo lugar el combate para recoger á dos ferrocarrileros se había quedado por allí, también se tiroteó con el enemigo y los dispersó, teniendo que lamentar un herido. Los dos ferrocarrileros se presentaron en el campamento. Probablemente esa partida de bandoleros se escaparon de la persecución que está haciendo la columna del coronel Gamboa por Texpotlán y Santa Catarina. El tren de pasajeros regresará mañana temprano.

Respetuosamente el General Jefe de la División del Sur, Juvencio Robles.

Cuernavaca, Mayo 16.—Secretario de Guerra y Marina, México. Hónrome participar á Ud. como ampliación á mi telegrama de hoy relativo al asalto de trenes militares y de pasajeros, que habiendo tenido conocimiento que de la fuerza de ferrocarrileros se habían quedado dos soldados en el lugar del asalto, ordené al capitán Andrés Muñoz con fuerzas del destacamento de El Parque, saliera á recogerlos; pero al llegar al lugar citado fué recibido con numerosas descargas, entablándose desde luego un nuevo combate y á la vez ordené que el tren donde estaba la fuerza de zapadores, se corriera al lugar del combate para auxiliar á la fuerza que estaba combatiendo, consiguiendo al fin que el enemigo se retirara, regresando estas fuerzas al destacamento de El Parque, que estaba siendo atacado por una partida rebelde, que apareció por el lado de Tepoxtlán y que igualmente se consiguió se rechazara; terminados estos combates y reconocido el campo por el capitán Andrés Muñoz se encontraron doce cadáveres zapatistas; como podría ser posible repetirían esta noche sus nuevos intentos de ataque, ordené que el tren militar capitán Díaz, con su fuerza de zapadores y una sección de ametralladoras después de escoltar el tren de pasajeros hasta esta plaza, regresara á pernoctar hasta El Parque y estar listo para lo que se ofrezca.—Respetuosamente. El General Jefe de la División del Sur, Juvencio Robles.

Cuernavaca, Mayo 16.—Secretario de Guerra y Marina. México.—Hónrome participar á Ud. que el capitán primero Rafael Díaz, de la estación de El Parque, me rinde el parte que sigue: "Hónrome participar á usted que en estos momentos, seis p. m., llegué á esta con el tren de auxilio que bajo mis órdenes dispuso esa superioridad saliera á fin de proteger el tren de pasajeros ordinario que fué atacado en el kilómetro 86, intermedio entre las estaciones de Coajomulco y El Parque; así como el otro tren de voluntarios ferrocarrileros que fué atacado al mismo que el anterior, habiendo recogido trece voluntarios heridos, un muerto, tres lesionados, dos pasajeros, así como dos niños. Al prepararme para emprender mi marcha á Cuernavaca, fui atacado juntamente con los otros trenes por una partida de zapatistas, arrojando bombas de las alturas; en vista de eso procedí á ordenar que los voluntarios ferrocarrileros y mi fuerza compuesta de tres oficiales, cien zapadores y una sección de ametralladoras, repeliera el ataque, lo que consiguió pronto, dado el poderoso impulso; se aprehendió en la zona que ocupaban los zapatistas, á cinco individuos que fueron pasados por las armas. Dispersada la partida que nos atacaba procedí á emprender la marcha á esa capital, no habiendo ocurrido ya novedad.—Lo que transcribo á usted para su superior conocimiento.—Respetuosamente.—El General Jefe de la División del Sur, Juvencio Robles.

Cuernavaca, Mayo 16.—Secretario de Guerra y Marina.—México.—Hónrome comunicar á usted que el coronel Florencio Alatríste, de Jojutla, en telegrama de hoy, me dice:

"Hónrome participar á usted que en estos momentos, las 11 a. m., me incorporé de regreso, procedente de los cerros de Tlalquitenango, Teteolol y Tlaltizapán donde batí á enemigo, en número de 400 hombres, habiéndolo dispersado por completo y hacéndole varios muertos y heridos. Por esta vía daré parte detallado; mi fuerza sin novedad. Permítome manifestarle asimismo que ya nombro fuerza que sirve ordenarme."

Lo que transcribo á Ud. para su superior conocimiento. El General Jefe de la División del Sur.—Juvencio Robles.

Cuernavaca, Mayo 16.—Secretario de Guerra y Marina.—México.—Hónrome participar á usted que el coronel Florencio Alatríste, de Jojutla, en telegrama de hoy, me dice:

"Hónrome participar á usted que en virtud de haber tenido conocimiento de una numerosa partida de zapatistas que se encontraban parapetados en los cerros de Tlalquitenango, Teteolol y Tlaltizapán, disponiéndose para el ataque á esta plaza, di cuenta á esa superioridad, pidiendo autorización para salir esta madrugada, como lo verifiqué, habiendo dispuesto anoche que de Tlaltizapán salieran 50 hombres con sus ametralladoras á protegerme el paso del río y Tecorral de Chacamulco, hoy á las 5 de la mañana; y á cortar la retirada del enemigo, de la hacienda de Treinta, 25 hombres y del destacamento de Tlalquitenango otros 25, al man-

do de sus oficiales, con instrucciones de reconcentrarse después de atacado el enemigo, en el peligroso paso de Chacampalco.

Yo, con mi columna, compuesta de una sección de cañones de montaña y otras de ametralladoras, cada una al mando de sus comandantes directos, capitán primero Juan Estrada y del capitán segundo Manuel Preciado, respectivamente; el tercer y séptimo batallones de infantería, una sección de voluntarios compuesta de infantería y caballería, emprendí mi marcha á las 5 a. m., y en combinación con otras columnas, llegamos á las 7.20 a. m., á los referidos cerros y ríos, donde el enemigo atacó con terribles descargas á los exploradores y punta de vanguardia formada por los voluntarios y una sección del 70. batallón.

Desde luego dispuse, en vista del número del enemigo, que se encontraba fortificado en los tecorrales de los poderosos cerros antes mencionados, y á la margen derecha del río, que el teniente coronel del tercer batallón, Victoriano Noriega con sus fuerzas y las ametralladoras sostuviera el ataque, defendiendo el ala derecha, por donde podía salirse el enemigo. El capitán primero Serapión Rocha á la izquierda con la fuerza de Tlaltizapán y las ametralladoras, y yo por el centro, protegiendo la cadena de tiradores con la sección de artillería de montaña, al mando del capitán Estrada.

Cuando se tuvo casi envuelto al enemigo, di el toque de ¡ataque!, y al grito ¡Viva el Gobierno!, nos arrojamos sobre los cerros, pasando con gran dificultad el río, hasta desalojarlos y dispersarlos, de tal manera, que ya no se veían los grupos que al principio.

En su fuga tomaron por varios puntos, pero siempre reconociendo á los cerros de Santa María, El Jilguero, Chinámeca y los Hornos. Después de una hora de persecución y del toque de cesar el fuego, tanto á la infantería como á la artillería hice la reconcentración á la orilla del río y dispuse el reconocimiento, habiéndome informado el teniente coronel y los capitanes Rocha, Preciado y Escobar, que encontraron muchos caballos muertos y contaron con toda minuciosidad 63 cadáveres hechos al enemigo. La mayor parte de estas bajas fueron causadas por la artillería y las ametralladoras. Algunos otros muertos, no se pudo saber cuántos fueron arrastrados por las aguas del río, que estaban enrojecidas en algunos lugares por la sangre de los heridos y los muertos; á última hora, y al pasar el río en el regreso las tropas, encontraron dos cadáveres detenidos por los troncos que sobresalen á la orilla del río, así como algunos caballos ensillados estaban ahogados y que fueron sacados por la tropa para recoger las monturas.

Los cabecillas que dirigieron el combate, según informes, fueron Efraim M. Cilla, Bonifacio García y Capistrán.

A las 9.40 a. m., después del descanso que di á mi tropa y de haber pasado lista, faltaron dos soldados que se dispersaron, emprendí mi marcha de regreso á esta plaza, retirando los destacamentos de Tlaltizapán, de Treinta y de Tlalquango, habiendo llegado á las 11 a. m. De mi fuerza y por orden de Ud., ordené en seguida 20 hombres, á las órdenes de un oficial, para la hacienda de

Nicolás. Respecto de los dispersos, el comandante del destacamento en Tlaltizapán, á las 12 m., me participó que se habían presentado sin novedad, quedando en el destacamento hasta que puedan reconcentrarse á esta plaza. Me es honroso recomendar, en justicia, la conducta y valor de los señores jefes, oficiales y tropa que operaron á mis órdenes, con el hecho de armas de este día. Por correo remitiré á usted documentos".

Lo que transcribo á usted para su superior conocimiento.—Respetuosamente.—El Gral. Jefe de la División del Sur.—Juvencio Robles.



Socorriendo á los zapatistas. La hora de haberes.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1965 1625 MONTERREY, MEXICO



Enriqueta. [Pag. 6.]



Capítulo Décimo Octavo.

OBSESION Y PREDESTINACION

A entrevistar á Zapata.--Desde cuando lo pretendía  
Herrerías.--Presentimientos de Strauss.



Es preciso que abramos un paréntesis en la relación de los sucesos que vamos refiriendo, para mejor detallar la vida de Zapata.

Recordamos ciertos datos poco ó nada conocidos respecto de víctimas y victimarios.

Era en el mes de Enero de 1912.

Las oficinas del "Tiempo" estaban con casa llena, Papío, José Aguieros, Agustín su hermano, Carlos, Luis, hijos menores de Don Victoriano, los Herrerías Nacho, Gonzalo, Machorro, Toquero, etc., iban y venían de uno á otro departamento, lo mismo que Guzmán, Don Teófilo y Alfonso López encargado de la Sección de Estados.

Luis Bossero soñaba y hacía soñar en planas enchidas de anuncios productivos, Emilio Arreola, pegado en un asiento, corregía pruebas y más pruebas, coliendo cigarro tras cigarro, hacía mohines á cada falta gramatical y se paraba de vez en cuando, respondía á alguna diatriba, y se afirmaba los pantalones rebeldes á la cintura. . . .

Se trabajaba con esperanzas, con ilusiones!

De pronto Nacho Herrerías, dió una palmada en su mesa exclamando:

—¡Que me voy, que entrevisto á Zapata, que hago el reportazgo padre y todo con poco dinero, pues caballos se consiguen baratos, se come lo que se puede y se duerme al raso!

Don Dionisio González, suspende su labor de giros en que se hallaba engolfado, se palpa la bolsa de la cartera, se toca la del chaleco y dice:

—Si cuesta poco, hay para la entrevista con tal de que dé resultado, que suba *El Tiempo*; estamos muy bajos. . . .

—No se puede ver á Zapata, dice entrando Medardo Fernández.

—Ya veremos, yo apuesto á que lo encuentro y habla. . . . como he logrado que hablen otros muchos, agrega Herrerías.

—Nacho lo hace, que lo hace, comenta Papío.

—¿Qué novedades?, interrumpe quedo el Sr. Vivanco.

—Que Nacho va á hablar con Zapata, explica Agustín Agüero rompiendo su habitual taciturnidad.

—Pero pronto debe ser, agrega Herrerías, antes que nos ganen pues hay muchos que se proponen lo mismo.

—Mañana veremos, responde González á las miradas que lo interpelan. Estamos con poco dinero.

—No se requiere un capital.

—El viernes habrá dinero.

—Yo me voy de cualquier modo.

—Es cuestión de pocos días

—Aunque sea con sacrificio es preciso ir.

—Claro y *El Tiempo* se llevará la palma, vendiéndose como pa caliente, la entrevista será leída como los artículos de Bulnes, como tantos otros reportajes-sensacionales.

—Sacaremos dinero de donde se pueda.

—Eso es ser Administrador, eso es ponerse dentro de la época.

Y Herrerías que estuvo obsesionado meses y años con la entrevista de Zapata, durmió esa noche y otras pensando en que se llegaba al Atila, lo interrogaba, descubría sus planes y batía el *record* del reportazgo.

Meses después ya *El Tiempo* suspenso, tristes sus oficinas, empavados los linotipos, en las oficinas del *Imparcial*, todo movimiento toda animación, Gómez Ugarte en su mesa de la Secretaría de redacción colocaba en una veintena de sobres la correspondencia, ayudado por Nuñez y Domínguez, Valenzuelita, etc., pregonando en cada pieza

—Sr. Urbina, Director, Policía, Estados, Sport, Malavear, Llan Salazar, Don Ramón, Secretaría, etc., etc.

Una telefonista interrumpió:

—Hay una comisión de obreros que pide un redactor.

—Angeles y serafines, contestaba Ugarte, que vaya Paez.

—Por teléfono quieren dar una noticia!

—Que la reciba Ramírez Aguilar, dice sudando el Secretario.

Entra Reyes Spíndola, arrancándose el bigote y dirige la sac mental pregunta:

—¿Qué hay de nuevo?

Al mismo tiempo llega Urbina, haciéndose oír con su

—¿Qué sucede, viejecitos?

El Dr. González Martínez, sale con el editorial del cuarto obscuro de los redactores.

Aquello se anima más, Spíndola plantea la discusión sobre el asunto del día.

Este reporter lleva un notición, el otro lo más sensacional.

En el senado nada hubo de notable; los senadores duermen.

En la cámara de diputados no hubo herradero y Salazar está triste.

De la revuelta hay pocas noticias, los corresponsales de guerra parecen baycoteados por los Jefes militares.

Siguen llegando notas del público, mientras Ugarte y Esteban Flores, habilitado de Ayudante en la corrección de estilo, despachan centenares de cuartillas.

El tic-tac de las máquinas de escribir, Oliver, Remington, Underwood, Smit, Torpedo, etc., no cesa.

Humberto Strauss, de polainas y kaki, hace una especie de entrada triunfal: viene de Morelos, se manifiesta alegre, decididor, ha visto algunos zapatistas y no los cree tan malos como se les juzga en lo general

Circula una lista de suscripción para auxiliar á la viuda del reporter del "País" que sucumbió en el descarrilamiento de los tranvías de Gómez Palacio y Torreón.

Todos se apuntan de buena voluntad, Strauss toma la lista y anota \$ 10 ó \$ 15, diciendo: puede que mi costilla se vea más tarde en este caso, si pudiera daría más.

Después de esto y aunque continúa la polémica sobre el zapatismo, se pone taciturno.

Strauss, acaeo, pensó esos momentos en que había peligro en su misión, no dijo nada de temores; si tuvo la visión del miedo, la escondió.

Al día siguiente volvió á Morelos para seguir hasta Ticumán, donde encontró trágica muerte.

Strauss había sido corresponsal de guerra de *El Imparcial* en el Norte, en Oaxaca, en Morelos, distinguiéndose por su veracidad, su ingenio y su audacia.

Cuando se supo en *El Imparcial*, la suerte de aquel simpático compañero, no se quería creer la noticia.

Una racha de tristeza, de verdadero duelo cayó sobre aquella casa.

No sólo los redactores tenían luto en el corazón, hasta los obreros, en los linotipos, en las prensas, en el empaque, en todos los departamentos comentaban el suceso, lamentándolo.

A Reyes Spíndola se le recrudecieron sus enfermedades.

—¡Pobre viejecito! balbutió Luis G. Urbina.

—Tan inteligente, dijo el Dr. González Martínez.

—No hubiera ido, decía Ugarte.

—Y no creía en el salvajismo de Zapata, agregó Necochea.

Y había que trabajar. El ruido de las máquinas sonaba menos rítmico, parecía lúgubre.

El poeta José de J. Núñez y Domínguez, comisionado para dar la noticia á la viuda de Strauss, estuvo estudiando más de una hora como salir del encargo y en el camino para el Paseo de la Reforma donde tuviera su residencia el sacrificado corresponsal, hilvanó cuatro y más veces lo que diría.

Telegramas y cartas llegaron con expresiones de condolencia y la Prensa toda se indignó por el salvaje atentado.

Nacho Herreras obsesionado y Humberto Strauss predestinado, parece que laboraban por ser sacrificados.

Varias veces no pudieron vencer las dificultades surgidas para encontrar á Zapata, é insistían en conseguirlo.

No fué un suicidio porque no creían en tan atroz salvajismo, en su manera de juzgar á esas fieras, no concebían que llegara á tal grado su inhumanidad.

Sin embargo de todo esto, todavía se piensa en entrevistas y conferencias con Zapata que han llegado á estar de moda.

Los militares y los periodistas han hecho esfuerzos por lograr la pacificación en Morelos por la persuasión y el convencimiento.

El ex-gobernador Naranjo era uno de los más empeñados en conferenciar con Zapata, Angeles no era rehacio sobre el particular, también fué optimista el ex gobernador Villamar, lo mismo que Leyva y otros muchos á la par que los periodistas han seguido con la misma idea, logrando unos cuantos avistarse con el Atila del Sur, pero sin resultado práctico de ninguna especie.

El optimismo tiene que ser menor ya con los fracasos registrados. Zapata desde el abrazo de Cuautla ha seguido igual conducta, un procedimiento de reticencias y engaños que nunca debió de alentar las ilusiones y esperanzas que han motivado tantas víctimas.



## Capítulo Décimo Noveno

# AGUILAR Y OROZCO

La sumisión del Gral. Aguilar al zapatismo.--Reaparece el discutido militar.--El fusilamiento de Pascual Orozco, padre.

Los antecedentes relativos á la derrota y prisión del general Higinio Aguilar en Jonacatepec, están ya referidos, falta indicar como fueron tratados el prisionero y su Estado Mayor y como se fugaron de los dominios zapatistas.

—¡Los zapatistas! gritaron algunos pacíficos habitantes de Toluca, al distinguir un grupo de gente encabezado por el general Aguilar.

Pero Aguilar no entró en son de guerra, sino en un estado lastimoso, tanto él como su estado mayor compuesto de once individuos, llevaban el calzado destrozado y los trajes hechos pedazos.

Paso á paso y seguidos de numerosos curiosos, penetró la caravana al hotel donde se alojó.

Naturalmente que los viajeros eran molestados á preguntas y los conocidos se presentaban en gran número á tomar informes de las aventuras y á inquirir la verdad de lo sucedido en Jonacatepec.

El General no hablaba, sus labios solo se entreabrían para sonreír amargamente.

Llegaron también los reporters y tiraron plancha, pues el general Aguilar se ocultó y ya nadie pudo verlo.

—¿Dónde está el general Aguilar? preguntaba el corresponsal de un diario.

—Ha salido, le respondían.